

Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcicos, que porque vea Vmd. la sin razon que me hicieron, se los he de leer; y comenzó de esta manera:

¿Pastores, no es lindo chiste,

Que es hoy el Señor San Corpus Christie?

Y es el dia de las danzas,

En que el cordero sin mancilla

Tanto se humilla,

Que visita nuestras panzas,

Y entre estas bienaventuranzas

Entra en el humano buche,

Suene el lindo sacabuche,

Pues en nuestro bien consiste,

¿Pastores, no es lindo chiste, etc.?

¿Qué pudiera decir mas (me dijo) el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra, Pastores: mas me costó de un mes de estudio. Yo no pude con esto tener la risa, que á borbotones se me salia por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije: ¡Cosa admirable! pero solo reparo en que llama Vmd. Señor San Corpus Cristi, y Corpus Cristi no es Santo, sino el dia de la institucion del Santísimo Sacramento. ¡Qué lindo es eso! (me respondió, haciendo burla) yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza. No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquier premio, y que no habia leido cosa tan graciosa en mi vida. ¿No? dijo al mismo punto; pues oiga Vmd. un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil Vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica. Yo por escusarme de oír tanto millon de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenia mas jornadas que el camino de Jerusalem. Decíame: Hicela en dos dias, y este es el borrador; y seria hasta cinco manos de papel. El título era: El Arca de Noé. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalíes, como fábulas de Esopo. Yo solo alabé la traza, y la invencion, á lo cual me respondió: Ello cosa mia es; pero no se ha hecho otra tal en el mundo; y la novedad es mas que todo: y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa. ¿Cómo se podrá representar (le dije yo) si han de entrar los mismos animales, y ellos no ha-

blan? Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿habia cosa mas alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremes monas. Por cierto alta cosa es esa. Otras mas altas he hecho yo (dijo) por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un soneto, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á las piernas de mi dama. Yo le dije que si se las habia visto él, y respondiíme que no habia hecho tal por las órdenes que tenia; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veia liebres, y respondia él: Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal, y empezaba luego. Yo, por divertirle, le decia: ¿Ve Vmd. aquella estrella que se ve de dia? A lo cual dijo: En acabando este le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. Afigíme tanto con ver que no se podia nombrar cosa á que él no hubiese hecho algun disparate, que cuando ví que llegamos á Madrid, no cabia de contento, entendiendo que de vergüenza callaria; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante, que si los niños oían poeta, no quedaria troncho que no viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una pragmática que habia salido contra ellos, de uno que lo fué y se recojó á buen vivir. Pidióme muy congojado que la leyese, si la tenia. Prometí de hacerlo en la posada: fuíme á una, adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta mas de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido: abrazólos á todos; y luego comenzaron unos á pedirle oracion para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal, que provocase á gestos: otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y dijome: Mas me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así con licencia de Vmd. me recojeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la pragmática. ¡Oh vida miserable! pues ninguna lo es mas que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPÍTULO X.

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla donde dormí.

Recojióse un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer: comimos, y luego pidieron se leyese la pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprender en ella. Decia de este tenor:

PRAGMATICA

contra los poetas hueros, chirles y ebenes.

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es solo contra los poetas ebenes. Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decia:

Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados mas enormes: mandamos, que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos, y para ello señalamos casas de arrepentidos.

Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anohecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas: les ponemos perpétuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas como á la caza y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

Item, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpétuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres: declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas para sacar el

oro, plata y perlas; pues en los mas versos hacen á sus damas de todos metales. Aquí no lo pudo sufrir el sacristan, y levantándose en pié, dijo: Mas no, sino quitarnos las haciendas: no pase Vmd. adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecucion de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal pragmática; y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia. En parte me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacia tarde), le dije: Señor, esta pagmática es hecha por gracia; que no tiene fuerza, ni apremia, por estar falta de autoridad. ¡Oh pecador de mí! (dijo muy alborotado). Avisara Vmd., que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe Vmd. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosiga Vmd. y Dios se lo perdone el susto que me ha dado. Proseguí, diciendo:

Item, advirtiendo que despues que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas y tan embebecidos en su música, que no pacen: mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de la soledad, y á los demás (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas. Algun puto, cornudo, bujarron, judío, ordenó tal cosa; y si supiera quien era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaria á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinajeroso y sacristan ha de ser mozo de mulas? Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas. Ya le he dicho á Vmd. (repliqué yo) que son bur-las, y que las oiga como tales. Proseguí, diciendo:

Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragon á Castilla ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora. Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester mas de estregársela encima: el manteo podíase con él estercolar dos heredades; y así, medio rién-

dome, le dije que mandaba tambien poner entre los desesperados que se ahorcan y despeñan; y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mujeres que se enamorasen de poetas á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelacion. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia así: Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes: mandamos que pueda haber algunos oficiales de este arte, con tal que tengan carta de exámen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes, limitando á los poetas de farsantes, que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos: *hermana* y *pundonores*. Y mandámosles que para decir *la presente obra* no digan *zozobra*. Y á los sacristanes que no hagan los villancicos con Gil ni Pascual; que no jueguen de vocablo ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre se vuelven á cada fiesta; y finalmente, mandamos á todos los poetas en comun que se descarten de Júpiter, Vénus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.

A todos los que oyeron la pragmática pareció quanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella: solo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las vísperas solemnes, introitos y kiries, que era sátira contra él por lo que decia de los ciegos; y que él sabia mejor lo que habia de hacer que nadie; y últimamente dijo: Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñan, y he comido mas de dos veces con Espinel; y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí; y que habia visto á D. Alonso de Ercilla mil veces; y que tenia en su casa un retrato del divino Figueroa; y que habia comprado los grégüescos que dejó Padilla quando se metió fraile, y que hoy dia los traia y ma'os. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa, que no querian salir de la posada. Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé á caminar

para el Puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado: luego trabamos plática, y preguntóme que si venia de la corte. Dije que de paso habia estado en ella. No está para mas (dijo luego), que es pueblo para gente ruin; mas quiero, voto á Cristo, estar en un sitio la nieve á la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien. A esto le dije yo que advirtiese que en la corte habia de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte. ¡Qué estimar! (dijo muy enojado), si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicio y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas. Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro: luego en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenia en una cuchillada que le partia las narices. Tenia otros tres chirlos, que se la volvian mapa á puras líneas. Estas (me dijo) me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á Cristo, hombre, vive Dios, tan señalado; y decia verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañons de hoja de lata y á enseñarme papeles que debian de ser de otro, á quien habia tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza; y que el Cid ni Bernardo no habian hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo: ¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julian Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces sí que no habia artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte Vmd. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen. ¿Es Vmd. acaso? le dije yo, y él me respondió: ¿Pues qué otro? ¿No vé la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre. Yendó en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga, que hacia lodos con ella, macilento, y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias.

acostumbrado, y empezó á alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo: ¡Ah, padre! mas espesas he visto yo las picas sobre mí; y voto á Cristo, que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, juro á Dios. El ermitaño le reprendía que no jurase tanto. El soldado le respondió: Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprende mi propio oficio. Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algun picaron, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia y estima, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto: el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña, hecha bolas de madera, que á cada Ave María sonaba un caboe, y el soldado iba comparando las peñas á los castillos que habia visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se habia de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temia el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. ¡Oh, como volaria yo con pólvora gran parte de este puerto, decia, y hiciera buena obra á los caminantes! En estas y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla: entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido: mandamos aderezar la cena: era viernes, y entretanto el ermitaño dijo: Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios: juguemos Ave Marías; y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo: No, sinò juguemos hasta cien reales que yo traigo en amistad. Yo, codicioso, dije que jugaria otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, y que eran hasta ducientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuzza y bebérselo; pero así le suceden todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabia el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida: retiróla el ladron con las ancas de la mano, que era lástima: perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pésias aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda: no dejaba santo que no llamaba. Acabó de pelarnos: quisímosle jugar sobre pren-

das, y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, que éramos prójimos, y que no habia de tratar de otra cosa. No juren (decia), que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien; y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenia de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar mas, y yo de la misma suerte. ¡Pésia tal! decia el pobre alferez (que él me dejó entonces que lo era), entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo: él se reia á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenia ya blanca, pedíle que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos in paribus. Prometiò hacerlo, y metióse sesenta hueves. ¡No ví tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar: dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traian, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos: el padre se persignó, y nosotros nos santiguamos de él: durmió, y yo estuve desvelado trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hízose hora de levantar: pidió luz muy apriesa, trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alferez hundia la casa á gritos pidiendo que le diesen sus servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo y trajo tres bacines, diciendo: Hé ahí para cada uno el suyo. ¿Quiéren mas servicios? entendiendo que nos habia dado cámaras. Aquí fué ello, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped en camisa, gritando que le habia de matar porque hacia burla de él, que se habia hallado en la naval, San Quintín y otras, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podíamos. Decia el huésped: Señor, su merced pidió servicios: yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazafias. Apaciguámoslos y tornamos al aposento. El ermitaño receloso se quedó en la cama, diciendo que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el

puerto enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un ginovés (digo de estos ante-cristos de las monedas de España) que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol muy á lo dineroso. Trabamos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dineros ó no á Visanzon: tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose: Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda; de lo cual sacamos que en Visanzon se llevaba el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque habia quebrado un cambio, que le tenia mas de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia (aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos á pesar de la memoria que con los sucesos de Cabra me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas y bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quien conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razon, diciendo que no le conocian. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta y á mi tío de las suyas. Venia una procesion de desnudos, todos descaperuzados delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino.

Pensé morir de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díjome: Aquí te podrás ir, mientras cumpló con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo. Yo, que me ví á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos que azotado, dije que le aguardaría allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara mas en mi vida ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas: volvió y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI.

Del hospedaje de mi tío y visitas, y la cobranza de mi hacienda y vuelta á la corte.

Tenia mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador: entramos en ella, y díjome: No es alcázar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar espediente á mis negocios. Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpas y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manto y me sentaba, y yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Díjome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés morada, uno de los que piden para las ánimas; y haciendo son con la cajeta, dijo: Tanto me han valido á mí las ánimas hoy como á tí los azotados: encaja. Hiciéronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocílo por el (hablando con perdon) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso solo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su ma-

nera, y tras él entró un mulato zurdo y vizco, un sombrero con mas falda que un monte y mas copa que un nogal, la espada con mas gavilanes que la caza del rey, y un colete de ante. Traia la cara de punto, porque á puros chirlos la tenia toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de la casa, y á mi tío le dijo: A fé, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garreso. Saltó el de las ánimas, y dijo: Cuatro ducados dí yo á Frechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon el envés. Vive Dios (dijo el corchete) que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacon me los asentó de manera que no se levantaron sino ronchas. Y el porquero conconiéndose, dijo: Aun están con virgo mis espaldas. A cada puerco le viene su San Martín (dijo el demandador). Alabarme puedo yo (dijo mi buen tío) entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla. Yo que ví cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echómelo de ver el corchete, y dijo: ¿Es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el envés? Yo dije que no era hombre que padecia como ellos. En esto se levantó mi tío, y dijo: Es mi sobrino, Maeso en Alcalá, gran supuesto. Pidiéronme perdon y ofrecieronme toda su caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegon que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos, y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer en cabecera el demandador, y los demás sin órden. No quiero decir lo que comimos, solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero me las cogia al vuelo, y hacia mas razones que decíamos todos. No habia memoria de agua ni menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo despues de haber quitado las ojaldres, dijeron un responso todos con su *requiem eternam*, por el

ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre. Vínose-me á la memoria: ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos y quedéme con la costumbre; y así siempre que cómo pastelles rezo una *Ave María* por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas que parecían dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados.

Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto): Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. Yo, que ví al corchete, que alargando la mano tomó el salero y dijo: Caliente está este caldo, y que el porquero se llevó el puño de sal, diciendo: Bueno es el anisillo para beber, y se lo echó todo en la boca; comencé á reirme por una parte y rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: Dios bendijo la limpieza; y por subírsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. Él, que se vió así, fuése á levantar, y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa, que era de estas movedizas: trastornóla y manchó á los demás. Tras esto decia que el porquero le habia empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada: asiéronse á puñadas, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteracion, el porquero vomitó cuanto habia comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba mas en juicio, decia que quién habia traído á su casa tantos clérigos. Yo, que ví que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el cual hizo cortésia á un velador de palo que tenia, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, al cual, ya que dormían los otros, no habia medio de hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no habia habido jamás quien supiese mas tona-

das, y que él queria tañer con el órgano. Al fin yo no me aparté de ellos hasta que ví que dormian. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les habia perdido la casa. Levantéle, y dejé dormir á los demás hasta las once de la noche que despertaron, y esperezándose preguntó uno qué hora era. Respondió el porquero (que aun no la habia desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El demandador como pudo dijo que le diesen la capilla. Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento; y fuése, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado á medio dia, y que habia un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo que ví la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias y vilezas que veia yo, ya me crecia por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno lo mejor que pude, y acosté á mi tio, que aunque no tenia zorra, tenia raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí. Pasamos de esta manera la noche; y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido y que no sabia de qué. Echó una pierna, levantó, tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de mi hacienda (aunque no de toda), y así me la dió de unos trescientos ducados, que mi buen padre habia ganado por sus puños, y dejáolos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á Vmd. digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tio no habia bebido ni gastado, que fué harto, para ser hombre de tan poca razon, porque pensaba que yo me graduaria con esto, y que estudiando podria ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenia por dificultoso. Díjome, en viendo

que los tenia : Hijo Pablos , mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno , pues tienes á quien parecer : dinero llevas : yo no te he de faltar , que cuanto sirvo y cuanto tengo para tí lo quiero . Agradecíle mucho la oferta : gastamos el dia en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos . Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio , el porquero y demandador : este jugaba misas como si fuera otra cosa . Era de ver como se barajaban la taba , cogiéndola en el aire al que la echaba , y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar . Sacaban de taba como de raípe , para la fábrica de la sed , porque habia siempre un jarro en medio . Vino la noche : ellos se fueron , y acostámonos mi tio y yo , cada uno en su cama , que ya habia prevenido para mí un colchon . Amaneció , y antes que él despertase , yo me levanté y me fuí á una posada sin que me sintiese : torné á cerrar la puerta por defuera , y eché la llave por una gatera . Como he dicho , me fuí á un meson á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte . Dejéle en el aposento una carta cerrada que contenia mi ida y las causas , avisándole no me buscase , porque eternamente no le habia de ver .

CAPÍTULO XII.

De mi huida y los sucesos en ella hasta la corte.

Partía aquella mañana del meson un arriero con cargas á la corte : llevaba un jumento , alquilómele , y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar . Salió , y espetéme en el dicho , y empecé mi jornada . Iba entre mí diciendo : Allá quedarás , bellaco , deshonra buenos , ginete de gaznates . Consideraba yo que iba á la corte , donde nadie me conocia (que era la cosa que mas me consolaba) , y que habia de valerme por mi industria y habilidad . Allí propuse de colgar los hábitos en llegando y sacar vestidos cortos al uso ; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tio hacia , ofendido con la carta , que decia en esta forma :

CARTA.

Señor Alonso Ramplon : tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes , como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo , donde (por lo menos) sé que hará humo , no

me faltaba sino ver hacer en Vmd. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos, y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos: sirva al rey y á Dios.

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar á nadie, cuando desde lejos ví venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto y el sombrero de lado. Sospeché que era algun caballero que dejaba atrás su coche: y así emparejando le saludé. Miróme y dijo: Irá Vmd., señor licenciado, en ese borrico con harto mas descanso que yo con todo mi aparato. Yo, que entendí que lo decia por coche y criados que se dejaba atrás, dije: En verdad, señor, que lo tengo por mas apacible caminar que el del coche: porque (aunque Vmd. vendrá en el que trae detrás con regalo) aquellos vuelcos que da inquietan. ¿Cuál coche detrás? dijo él muy alborotado; y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una abujeta que traía, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle me pidió una prestada. Yo, que ví que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía tapado el rabo, de medio ojo le dije: Por Dios, señor, que si Vmd. no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo atacado únicamente. Si hace Vmd. burla (dijo él con las cachondas en la mano), vaya; porque no entiendo eso de los criados; y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó á media legua que anduvimos, que si no le hacia merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Movido á compasion me apeé, y como él no podía sacar las calzas, húbele yo de subir, y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por la parte de atrás, que cubria la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que habia visto, como discreto se previno diciendo: Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce: debióle parecer á Vmd. en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlas. Como de estos ojaldres cubren en el mundo lo que Vmd. ha

tentado. Yo le dije que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veia. Pues aun no ha visto Vmd. nada (replicó); que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí Vmd. un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que si como sustento la nobleza me sustentara, no hubiera mas que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de ejecutorias, despues que hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas, por decir que no tienen letras de oro; pero mas valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de mas provecho es, y con todo hay muy pocas letras con oro. He venido hasta mi sepultura, por no tener sobre que caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza: solo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendon, azadon, podon, baldon, bordon y otros así. Confieso que aunque iban mezcladas de risa las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba, y á dónde iba, y á qué. Dijo todos los nombres de su padre: D. Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raído como él, en un pueblo corto olia mal á dos días, y no se podia sustentar: y que por eso se iba á la patria comun, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros: y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro lo que toca. Yo ví el cielo abierto, y en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase como y con quiénes viven en la corte los que no tenían como él, porque me parecia dificultoso; que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. Muchos hay de esos (hijo), y muchos de estotros: es la lisonja llave maestra que abre á todos voluntades en tales pueblos; y porque no te se haga dificultoso

toso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarán de esta duda.

CAPÍTULO XIII.

En que el hidalgo prosigue el camino, y lo prometido en su vida y costumbres.

Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el mas necio, y el mas rico, y mas pobre, y los extremos de todas las cosas: que disimula malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raiz, ni mueble, ni otra cosa de la que descienden los tales: entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros ebenes: otros hueros, chanflones, chirles, traspillados y caninos: es nuestra abogada la industria: pasamos las mas veces los estómagos de vacío; que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas: somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza: sustentámonos así del aire, y andamos contentos: somos gente que comemos un puerro, y representamos un capon. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallarán nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, y mondaduras de frutas: la puerta embarazada con plumas y pellejos de egazapos; todo lo cual cojemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de dia, y reñimos en entrando al huésped. ¿Es posible que no he de ser yo poderoso para qué barra esa moza? Perdóneme Vmd. que han comido aquí unos amigos, y cesos criados, etc. Quien no nos conoce cree que es así, y pasa por convite. ¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa); decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si vnos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no: si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias: si han empezado, decimos que sí, y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasion de engullir un bocado, decimos: Ahora deje Vmd. que le quiero servir de maestresala; que solia, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar mas de verme partir, que de comer. Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos boca-

ditos, y al cabo decimos: ¡Oh qué bien huele! Cierto que haria agravio á la guisandera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene! Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato: el nabo por ser nabo; el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun convento aplazada: no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es mas devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve y despavila las velas, trae orinales, como mete naipes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria, para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos; que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entropiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entropiernas, es de ver como quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de dias de aire, y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en dia claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa, y no tenga historia. Verbi gratia, bien vé Vmd. esta ropilla: pues primero fué gre-güescos, nieta de una capa, y bisnieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en papel escribimos y despues hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los ferreruelos calvos y las ropillas lampiñas? que no hay mas pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de

dárnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que uno de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos las quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayudaos como buenos hermanos*; y tenemos cuenta no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte: señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas: si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos sanctus, aunque sea en el introito: levantámonos, y arrimándonos á una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores, ó están muertos, ó muy lejos; y lo que mas es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la órden de damas melindrosas, por lindas que sean; y así siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspedera por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas por su tanda, todas están contentas.

Quien ve estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero (señor licenciado); pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona; y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en almidon, clupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha

de tener mas faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se vé en prosperidad y con dineros, y ya se vé en el hospital; pero en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga. Tanto gusté de las estrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traia blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos: abrazome mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafon), y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le habia hecho y hacia, á obligarle á mi amistad. Compréle del huésped tres abujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPÍTULO XIV.

De lo que me sucedió en la corte luego que llegué hasta que anocheció.

A las diez de la mañana entramos en la corte: fuímonos á apaar de conformidad en casa de los amigos de D. Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó: abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los piés, mas raida que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pedir para un pobre) los habia allegado: vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo para sa-

ber) la causa de estar siempre envuelto en la capa, á lo cual respondió: Hijo, tengo en las espaldas una gatera acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite: este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar. Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto: yo pensé que eran calzas, porque eran á modo de ellas: cuando él (para entrarse á espulgar) se arremangó, y ví que eran dos rodajas de carton que traía atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacian apariencias debajo del luto, porque el tal no traía camisa ni gregüescos, que apenas tenia que espulgar segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristías, que decia: Espulgador hay, porque no entrase otro. Grandes gracias dí á Dios, viendo cuanto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas, y así me habré de recoger á remendar. Preguntó si habia algunos retazos, y la vieja, (que recogia trapos dos dias á la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba quince dias habia en la cama de mal de ropilla D. Lorenzo Ifiguez de Pedroso. En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo; con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto: quitóse la capa, y traía (¡mire Vmd. quién tal pensara!) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él con gran disimulacion, dijo: Haráse á las armas y no se reirá: yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba. Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista. Antes por estorbarla (dijo): sepa que es porque no tienetoquilla, y que así nolo echan de ver. Y diciendo esto sacó mas de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no habia podido dar aquellas: traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo: ponía la firma de quien le parecia: escribia nuevas que inventaba á las personas mas honradas, y dávalas en aquél traje, cobrando los portes, y esto hacia cada mes, cosa que me espantó ver tal novedad de vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado

el cuello porque no se viese el angeo que estaba roto. Los valones eran de camelote, mas no eran mas de lo que se descubrian, y lo demás de bayeta colorada. Este venia dando voces con el otro que traia valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa; y una muleta con una pierna liada en trapos y pellejos, por no tener mas de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo, y en partes quietas: contaba estraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decia el de la ropilla y casi gregüescos: la mitad me debeis, ó por lo menos mucha parte, si no me la dais juro á Dios..... No jure á Dios (dijo el otro) que en llegando á casa no soy cojo y os daré con esta muleta mil palos. Si dareis, no dareis, y con los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: ¿A mí chanzas? No llevareis ni medio. Han de saber Vmds. que estando en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traia en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez): Mire Vmd. qué le quiere este niño; y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado y con él doce pañisuelos, y respondí á su madre que los enviaba á alguno de aquel nombre: pídemme ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé: todos los han de romper mis narices. Juzgóse la causa en su favor, y solo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse está vedado. Llegó la noche, y acostámonos tan juntos que parecíamos herramienta en un estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los mas, que con acostarse como andaban de dia, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV.

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos.

Amaneció el Señor y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura, se halla siempre en las cosas ma-

las). Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como sacerdote que se viste : á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas , y la venia á hallar adonde menos convenia asomada: otro pedia guía para ponerse el jubon, y en media hora no se podia averiguar con él. Acabado esto , que no fué poco de ver , todos empuñaron abuja y hilo, para hacer un punteado en un rasgado y otro: cuál para curcusrise debajo del brazo , estirándole se hacia L. Uno hincado de rodillas , que remedaba un cinco de guarismo , socorria á los cañones : otro por plegar las entropiernas, metiendo la cabeza entre ellas , se hacia un ovillo. No pintó tan estrañas posturas Bosco, como yo ví , porque ellos eosian y la vieja les daba los materiales , trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales habia traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dije que queria trazasen mi vestido , porque queria gastar los cien reales en uno y quitarme la sotana. Eso no, dijeron ellos: el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señálemosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille. Parecióme bien, deposité el dinero, y en un instante de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acertando el ferreruelo, quedó bueno ; y lo que sobró de él trocaron á un sombrero reteñido : pusieronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos: el cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no mas de por delante, que lados y traseras eran unas camuzas : las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban mas de cuatro dedos mas abajo de la rodilla , y estos cuatro dedos cubria una bota justa sobre la media colorada que yo traia. El cuello estaba todo abierto de puro roto : pusieronmele, y dijeron : El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. Vmd. si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él como la flor del sol : si fueren dos, y miraren por los lados, saque piés ; y para los de atrás traiga siempre el sombrero caido sobre el cogote : de suerte que la falda cubra el cuello, y descubra toda la frente, y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja

con hilo negro y blanco, seda, cordel, abuja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo : pusiéronme una espuela en la pretina, y yesca y eslabon en una bolsa de cuero, diciéndo : Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos : en esta se encierra todo nuestro remedio: tome y guárdela. Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis, y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros ; si bien por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á Misa-Cantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtió. Salimos de casa con paso tardo y los rosarios en la mano: tomamos el camino para mi barrio señalado : á todos hacíamos cortesía : á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas : á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho mas. A uno decia mi buen ayo : Mañana me traen dineros: á otro, aguárdame Vmd. un dia, que me trae en palabras el banco. Cuál le pedia la capa, cuál le daba priesa por la pretina ; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenia cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera á otra por no topar con casas de deudores. Ya le pedia uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos (segun dijo) por una deuda, mas no podia el dinero : y porque no le conociese, soltó detrás de las orejas el cabello, que traia recogido, y quedó Nazareno entre Verónico y caballero lanudo : plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venia (que no le habia visto), por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad, que ví al hombre dar vueltas alrededor como perro que se queria echar: hacíase mas cruces que un ensalmador, y diciendo : ¡ Jesus! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido, etc. Yo me moria de risa de ver la figura de mi amigo : entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo: Estos son los aderezos de negar deudas : aprended, hermano, que vereis mil cosas de estas en el pueblo. Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario y aguardiente de una picarona, lo que nos dió de gracia. Despues de dar el bienvenido

á mi adestrador, díjome: Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy: por lo menos no puede faltar. Afligíme yo, considerando que aun teníamos en duda la comida, y repliquéle afligido por parte de mi estómago, á lo cual respondió: Poca fé tiene con la religion y órden de los caminos: no falta el Señor á los cuervos ni á los grajos; ni aun á los escribanos, ¿y habia de faltar á los traspillados? Poco estómago teneis. Verdad es, dije, pero temo tener aun menos, y nada en él. Estando en esto dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dije: Hermano, este del hambre es recio noviciado: estaba hecho el hombre á comer mas que un sabañon, y hánme metido á vigiliass: si vos no la teneis, no es mucho; que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona) os sustentéis ya con ella: no os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así yo determino hacer la que pudiere. ¡Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan ahora las doce, ¿y tanta priesa? Teneis muy puntuales ganas, y han menester llevarse con paciencia algunas pagas atrasadas: no sino comer todo el dia: ¿qué mas hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveidos no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voy á la sopa de San Gerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche, como capones, y allí haré el buché: si vos quereis seguirme, venid; y sino, á sus aventuras cada uno. A Dios, dije yo, que no son tan cortas mis faltas que se hayan de suplir con sobras de otros: cada uno eche por su calle. Mi amigo iba pisan-do tieso y mirándose á los piés: sacó unas migajas de pan que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestido; de suerte que parecia haber comido: yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener mas de diez cuentas. Todos los que me veian me juzgaban por comido: y si fuera de piojos no erraban. Iba yo confiado en mis escudillos, aunque me remordia la conciencia el ser contra la órden comer á su costa quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba yo

determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivia un pastelero: asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero; puesto en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí éran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle: resolvíame otra vez á pagarlo. En esto dió la una, y angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo, que iba haciendo punta á uno (Dios que lo quiso), topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venia aldeando por la calle abajo, con mas barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecia un chirrion: arremetió á mí en viéndome (y según estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé, preguntóme cómo estaba, y díjele luego: Señor licenciado, ¿qué de cosas tengo que contarle! Solo me pesa que me he de ir esta noche. Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, é ir con prisa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido. ¿Qué, aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado. Abrí los ojos en oyendo que no habia comido: fuime con él, y empecéle á contar que una mujercilla (que él habia querido mucho en Alcalá) sabia yo dónde estaba, que le podia dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa: entramos, yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos no persuadiéndose á otra cosa, sino á que yo venia con cuidado por venir á tal hora, comenzaron á decir que si supieran que habian de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión, y convidéme diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me habia convidado, ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba con la mozueta, diciendo que me habia preguntado por él, y que le tenia en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colete. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con prisa tan fiera, que parecia

que aun entre los dientes no le tenia bien segura. Dios es mi padre que no come un cuerpo mas presto el monton de la antigua de Valladolid (que le deshace en veinticuatro horas) que yo despaché el ordinario, pues fué con mas priesa que un extraordinario correo.

Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos y el destrozo de la carne: y si va á decir la verdad, entre vuelta y juego empedré la faltriguera de mendrugos. Levantóse la mesa, y apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: ¿A mí, señor? ya bajo. Pedíle licencia diciendo que luego volveria: quedóme aguardando hasta hoy, que me desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes que no importan para el caso. Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes: quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego (para trabar conversacion) á jugar del vocablo tercio y pelado, y pelo y apelo y por peli, y no dejé hueso sano á la razon. Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecíles lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocian. Yo me aproveché de la ocasion, diciendo que habia sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traído de Milan, que á la noche llevaria un paje, que les dije que era mio por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacia sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno les hacia cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto y con un escudo de oro que yo saqué de los que traia, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecíoles

irse por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que habia de ir el paje. Yo las pedí por favor y como en gracia un rosario engarzado en oro que llevaba la mas bonita de ellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele: yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en mas se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podia entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle mayor, y al entrar en la de Carretas escogí la casa que mejor y mas grande me pareció, que tenia un coche sin caballos á la puerta. Díjeles que aquella era y que allí estaba ella, el coche y dueños para servir las. Nombréme D. Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano, é hice que le decia que se quedasen todos y que me aguardasen allí; y es verdad que le pregunté si era criado del Comendador mi tio. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero. Llegó la noche oscura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto y se vino con ella. Llamábase este Magazo, que era natural de Ollas: habia sido capitán en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes decia que habia estado en la China, y á los de China en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él: nombraba castillos, y apenas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor D. Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quijada que habia sido honrado amigo. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que habia leído en unas coplas que andaban de esto; y como él no sabia nada de mar, porque no tenia nada de naval mas de comer nabos, dijo, contando la batalla que habia tenido el señor D. Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabia el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que habia ido á la sopa de San Gerónimo, y que pidió porcion dobla-

da, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela, y en ellos con el enojo siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar á otros para sí, se levantaron voces y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á coler con mas priesa que convenia. Quitáronle la espada, á las voces salió el portero, y aun no los podia meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: Yo volveré lo que he comido; y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedia para otros, y no se preciaba de sopen. Miren el todo trapos como muñeca de niños, mas triste que pastelería en Cuaresma, con mas agujeros que una flauta, mas remiendos que una pia, mas manchas que un jaspe, y mas puntos que un libro de música (decia un estudianton de estes de la capacha, gorrunazo), que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo, ú otra cualquier dignidad, y se afrenta un D. Peluche de comer: graduado de bachiller en Artes por Sigüenza. Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decia que aunque acudia al bodrio, era descendiente del Gran Capitán, y que tenia deudos. Aquí lo dejó, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

CAPÍTULO XVI.

En que prosigue la misma materia hasta dar con todos en la cárcel.

Entró Merlo Diaz, hecha en la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la paja D. Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubria pelo al que la llevó por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa como que queria jugar y ponerla con las otras, y luego (como que no hacia partido) iba por su capa y tomaba la que mejor le parecia, y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á D. Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heri-

dos y mancebos, el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos, porque si el que venia á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino: hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir, tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus: entraba en las casas con Deo gracias y decia lo del Espíritu Santo sea con todos: traia todo ajuar de hipócrita, un rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicado con sangre de narices: hacia creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios, y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contaba tentaciones. En nombrando el demonio, decia: Dios nos libre y nos guarde. Besaba la tierra al entrar en la iglesia: llamábase indigno: no levantaba los ojos á las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traia al pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo, porque á mas de ser jugador era cierto (así se llama por mal nombre), fullero. Juraba el nombre de Dios, unas veces en vano y otras en vacío: pues en lo que toca á mujeres, tenia sus hijos y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios los que no quebraba vendia. Vino Folanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche de esta suerte diciendo: *Acordaos de la muerte y haced bien á las almas*, etc. Con esto cogia mucha limosna y entrábase en las casas que veia abiertas, y si no habia testigos ni estorbe robaba cuanto topaba: si los hallaba tocaba la campanilla, y decia (con una voz que él fingia muy penitente): *Acordaos, hermanos*, etc. Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos ahora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razon para venderle, la cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacia de él para comer, y ya tenia para cada cosa su embuste y traza. Lloraba la vieja á cada paso: enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo: llamaba hijos á todos: traia (encima de muy buena camisa, jubon, ropa,

saya y manteo) un saco de sayal roto de un amigo ermitaño que tenia en las cuestras de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubria. Quiso, pues, el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya: trajo un alguacil y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebrusca, y confesó luego todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa y halló en ella á todos mis compañeros y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes (verdugos de á pié) y dió con todo el colegio buscon en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

CAPÍTULO XVII.

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza y yo en fiado.

A cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traia conmigo, y sacando un doblon, dije al carcelero: Señor, oígame Vmd. en secreto; y para que lo hiciese díle un escudo como cara, y en viéndolo me apartó. Suplícole á Vmd., le dije, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro, y diciendo: Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente bajará al cepo. Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera y á los amigos descolgáronles abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles habia con nosotros, porque como nos traian atados y á empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirse de alguna parte segura (por estar todo tan manido) le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, segun las tenia roidas la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la soga en que venian ensartados, se salian pegados los andrajos. Al fin, yo fui (llegada la noche) á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla: era de ver dormir algunos envainados sin quitarse

nada de lo que traian de día: otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima: cuáles jugaban, y al fin se mató la luz. Olvidamos todos los grillos: estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á turbarme; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenia las narices en la cama: unos traian cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado, y sobre si le viene muy ancho ó no tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. El, por levantarse apriesa le derramó, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á oscuras; y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo armado con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz é informóse del caso. Condenáronme todos, y yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habian dejado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El carcelero pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daria otro doblon, asíó del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir antes que á pellizcar el talego mas de lo que estaba. Fuí llevado abajo, donde me recibieron con mucha albórbora y placer los camaradas y amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor y salímonos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), so pena de culebrazo fino. Yo dí luego seis reales: mis compañeros no tenian qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas: traia mas hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el jayan: decia que estaba preso por cosas de aire, y así sospeché yo que era por algunos fuelles, chirimías ó abanillos. Y á los que le preguntaban si era por algo de esto respondia que no, sino por pecados de atrás: yo pensé que por cosas viejas queria decir; y al fin averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñia por alguna travesura, le lla-